

CONTENIDO

CAPÍTULO 14

INDICE GENERAL

CAP. 13, 2° PARTE

PROPAGANDA POLÍTICA DURANTE LA CAMPAÑA

CONFERENCIA DEL 2 DE JULIO DE 1909

1. Discurso del Dr. Emilio Lamarca 389
2. Discurso del Dr. Ernesto E. Padilla 399
3. Discurso del Dr. Robert Bunge 412

CAPÍTULO 15

PROPAGANDA POLITICA

DURANTE LA CAMPAÑA ELECTORAL

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

CAPÍTULO XIV

CONFERENCIA POLITICA

EN EL TEATRO DE LA ÓPERA, EL 2 DE JULIO DE 1909

DISCURSO DEL DOCTOR EMILIO LAMARCA

Señor Presidente:

Señores:

Gracias mil por vuestra cordial y benévola acogida: ella me alienta á discurrir sin embarazo, si bien con la mesura que mi tema y vuestra presencia me imponen.

No busquéis en mi discurso alusiones á hechos, poderes ó personajes de la política contemporánea; no los hallaréis, porque deseo nos coloquemos á una altura donde no nos perturben las opiniones, los sistemas y los partidos que dividen nuestra sociedad.

Mi mente tiende hacia más vastos horizontes: los de nuestro país.

Dejo, pues, á cada uno la responsabilidad de sus pensamientos, y me reservo por cierto la de mis palabras, consciente de que aprecio lo bastante la verdad para no disimularla bajo velos indignos de ella.

No he vivido de la política, no dependo de ella en el presente, ni aspiro á figuraciones ulteriores de ese orden. Nada le pido, salvo lo que vosotros mismos le pedís: el bien para mi patria. He ahí mis sencillas credenciales para comprobar que no me presento á abogar en pro de una agrupación de intereses, que ambicionen prevalecer con ventaja para el partido que constituyan. Soy simplemente uno de los francos intérpretes de este excepcional, grande y poderoso movimiento de la opinión pública, de esos que no se inventan con fórmulas y programas, ni se fabrican con organizaciones y arengas.

Vengo, pues, sin temor de caer en frases tornasoladas ó en giros torcidos, vacilantes y temblones de los que defienden ajenas inspiraciones sin convencimiento propio; porque no cedo sino al impulso de la unión espontánea, honda, que enlaza á los hombres movidos por el mismo ritmo de nobles ideales.

Hace treinta y dos años, el 25 de mayo de 1877, hablaba yo en nombre de un prócer, Félix Frías, ante una distinguida y numerosa asamblea. Encanecido ya, doblado por los años, pero siempre fogoso é impo-

nente defensor de nuestra integridad territorial, aunque doliente, escribió su famoso discurso y me hizo el honor de confiarme su lectura, diciendo: "Pronúncielo, mi amigo, con toda su alma, que se trata de la patria".

También de la patria se trata hoy, y por eso recuerdo á Frías y su evocación de dos generales que fueron dos grandes ciudadanos por su hombría de bien; más que honrados, virtuosos, pues hicieron todo sacrificio en favor de su país y ninguno le exigieron en obsequio de sí mismos: don Juan Lavalle y don José de San Martín. Imaginadlos dirigiéndonos estas dos preguntas: "¿Qué habéis hecho de la independencia? ¿Qué habéis hecho de la libertad?"

La respuesta da motivo para detenida reflexión, que si hay luces también hay sombras en nuestra historia, sombras que demandan esfuerzo para disipar sus siniestras proyecciones, luces que vivamente deseamos brillen con vívido resplandor en el porvenir. No descienda el sol de nuestro escudo á mero emblema sin sentido: simbolice, sí, cual himno de fuego las glorias del pasado, é irradie las futuras realidades de la fuerza ponderadora que mantiene en equilibrio los estados, de la espléndida grandeza, del benéfico y generoso influjo de una gran potencia amante de la paz y del progreso.

Estamos en víspera de una elección presidencial que se efectuará durante el mismo año en que cele-

braremos el glorioso aniversario de 1810. Sin poderlo evitar arrojo una mirada retrospectiva, recorro mentalmente el camino, ya bien, ya mal andado desde aquella memorable fecha, y vuelven á resonar en mis oídos aquellas dos trascendentales preguntas.

Me aventuro á contestarlas reconociendo que siempre nos fué más fácil repeler la invasión extranjera que dominarnos á nosotros mismos, sofocar ambiciosas pasiones, y continuar siendo hombres libres. Lo último es actualmente nuestro principal anhelo, y gratísimo me es poder aseverar que hoy más que nunca ansiáis afianzar sólidamente nuestras instituciones.

La República Argentina lo demanda imperiosamente de sus hijos; porque en esta época de transición en que nos desenvolvemos, es apremiante encauzar las corrientes de la opinión dentro de los principios constitucionales é imprimirles rumbo hacia las levantadas orientaciones de la honra y de la prosperidad nacional.

Reiteradamente hemos oído perorar sobre nuestros *derechos y libertades*, en lenguaje brillante, conmovedor, entusiasta; llama sin embargo la atención cuán poco, relativamente, se ha acentuado la frase sobre nuestros *deberes y obligaciones*. Ha solido prometerse mucho al pueblo, y con grandilocuencia; pero la mayoría de esas resonantes proclamas ha resultado meras “fosforescencias de luciérnaga y no relámpa-

gos precursores de lluvia fecundante". Y no cabe duda que esa ruidosa oratoria no ha educado, ni levantado el espíritu cívico de las multitudes; pruébanlo las vehementes reclamaciones contra los abusos del sufragio; confirmanlo los ciudadanos que, desencantados, se refugian en la abstención, olvidando que ésta es tumba del civismo. Y, por fin, he observado en mis viajes, que los países donde menos se invoca la libertad y el patriotismo, es donde reina mayor consideración recíproca y abundan más los hombres libres y patriotas. De lo expuesto fluye esta conclusión: que nos ha llegado el momento de hablar menos y de hacer más.

Comencemos por echar profundos cimientos á los sanos principios de gobierno, demostrando con la historia en la mano, que, sobre las naciones descepadadas se cierne la sentencia que las condena á desaparecer á pedazos del mapa; y éstas son precisamente aquellas en que se abusa de la autoridad (signo de sociedad enferma), ó en las cuales la autoridad es como si no existiera (síntomas de sociedad moribunda). Esas son las que oscilan y se bambolean al soplo de todas las tempestades, amenazadas por una muerte sin resurrección.

Bien pensado, el mal que apunto arranca de algo que yo siento dentro de mí mismo, pero cuya definición me escapa, de algo que el fondo de la naturaleza humana protesta, siempre pronto á rebelarse contra

toda dependencia; y que, en los tiempos modernos, se ha exteriorizado en proporciones hasta aquí desconocidas, á términos de amagar con catástrofes sin ejemplo en la historia. Los instintos revolucionarios se agitan convulsivos por doquier, y los edificios políticos temen por sus cimientos, porque se sienten minados por la conspiración.

Al mismo tiempo ciertas aberraciones filosóficas, fruto del fermento de las pasiones y del caos de las ideas, han solido erigir en sistema, aún en naciones seculares, la nefanda doctrina de un individualismo brutal, que aconseja aprovechar para sí con avidez y á todo trance; y “el que venga atrás que arree”, — vulgar y pálida traducción de la execrable frase *après nous le déluge*.

Antes de llegar á tales paroxismos, claro es que el sistema ha venido corrompiendo paulatinamente las costumbres sociales y relajando toda norma de acción legítima en el orden cívico.

La política artificiosa basada sobre semejante régimen substituye el derecho con la violencia, identifica la voluntad con la razón, no estriba en principios fundamentales que vinculen estrechamente á los hombres, pero crea intereses que los aproximan, mientras duran, y no más. Es natural que esos intereses por instinto de conservación se defiendan y resistan toda reforma. De aquí esos ominosos contrastes entre la torva y amenazante actitud de los pueblos y de la pre-

suntuosa, la soberbia impavidez de sus gobernantes; de aquí también esas situaciones tremendas en que una nación entera vacila entre la anarquía con sus trastornos y sus ruinas ó la dictadura con sus rigores y sus vergüenzas.

Esos males no se remedian aniquilando los poderes públicos, sino eligiéndolos bien y perfeccionando su funcionamiento. Sólo así se sentirán inexpugnables, porque los sostiene la incontrastable pujanza de la opinión pública; sólo así podrán mantener la estabilidad y la paz, y ser garantía del progreso, que no es sino la marcha *ordenada* hacia las magnificencias del porvenir.

Con el testimonio de la historia imparcial, hay que insistir sobre lo que dejo dicho, precaver al pueblo contra doctrinas deletéreas y subversivas, que son agentes de disolución y lo precipitarían á una decadencia prematura; recalcarle que es más fácil derrochar que conservar, destruir que edificar, y que, donde no se puede, ó no se sabe, ó se impida gobernar, se va al desastre.

Cuenta una poética leyenda, que solicitado el dios Apolo por su hijo para que le permitiera manejar los ardientes é indómitos caballos del carro del día, accedió, dándole sin embargo este sabio consejo: "*Parce, puer, stimulis, et fortius utere loris*".

"Menos aguijón, mi hijo, y más freno". — Hubiéralo seguido el temerario, no se habrían desbocado

los inmortales corceles, roto los tiros y diseminado por los espacios celestes, arneses y trozos de lanza, rayos de ruedas y astillas inflamadas del radiante carro del sol, ni se habría conflagrado el orbe que clamó por castigo y venganza.

Si de la mitología pasamos á la realidad, nos cercioraremos de que con espíritu más ecuánime y sereno, más civismo y más respeto por la ley, no habríamos tenido que lamentar tanto escándalo y tanto destrozo, tanto derroche de la fortuna pública, y, lo que es peor, tanto campo de batalla sembrado de víctimas, cuya sangre era inútilmente absorbida por una tierra que sufría hambre y sed de justicia, y que mal podía mitigar la una y apagar la otra vaciando las venas de sus hijos.

¿Qué hacíamos entonces de la libertad?...

¡Oh! señores, doblemos esa hoja, ó más bien cerremos para siempre el libro de tan luctuosos anales: reemplacemos los desórdenes y las anarquías que provienen de los antagonismos, con el orden y la armonía que surge de la concordia.

No olvidemos que este país inició su vida internacional dando cima á una bellísima misión. Nuestro continente, al emanciparse, lo vió descollar con denuedo y gallardía en el orden militar; y este mismo antecedente nos obliga á conservarlo en el primer rango de la civilización sudamericana. Sobrados recursos posee para ello. A pesar de luchas y de vaive-

nes, ya lo vemos esbozando los magníficos y majestuosos perfiles de una gran nación. Del persistente empeño y de la abnegación de sus hijos depende que lo sea; llevémosla hasta donde podamos hacia el apogeo de su gloria civil, su misma riqueza servirá de escabel al ánimo de los buenos que enderezan hacia las alturas.

He ahí el elevado propósito que informa á esta libérrima asamblea compuesta de ciudadanos que, al designar al doctor Roque Sáenz Peña como su candidato para la futura presidencia de la república, no consultan mezquinos móviles personales, pero todo lo ambicionan para la patria.

Este movimiento de opinión es grande, porque confiamos plenamente en la hidalguía de un hombre incapaz de una deslealtad. El, seguramente, desplegará en el mando inflexible rectitud, acatará y hará acatar las leyes, y ejercerá honradamente atribuciones que implican el más alto honor, pero también la más grave responsabilidad que los ciudadanos pudieran imponer á un magistrado de conciencia y de entereza.

Siempre me impresionó la fórmula con que los aragoneses de antaño ponían el cetro en manos del jefe de estado. Si mal no recuerdo, era como sigue: “Nos, que cada uno de nosotros vale tanto como vos, y que todos juntos valemos más que vos, vos hacemos rey, *si cumplis la ley, é si non, non*”; — ¡y no eran republicanos!

La valiente frase no pudo ocurrir sino á hombres de temple, á varones de carácter resuelto y leal, íntimamente persuadidos de ser iguales ante la ley, y muy señores de sus derechos. Viéneme á la memoria porque entiendo que con el mismo erguido y varonil espíritu ofrecemos al doctor Sáenz Peña sostener con decisión su candidatura, ciertos de que si lo llevamos á la presidencia, no ha de defraudar la fe que en él depositamos, y se dará perfecta cuenta de las sagradas obligaciones que contrae ante Dios y los hombres.

Termino, señores. No me incumbe trazar un programa de gobierno; pero, triunfante en esta campaña, como espero lo seremos, á fuer de amigo y de compatriota, yo diría á Roque Sáenz Peña: “Subes al poder como *mandatario*; desempeñalo como el primer servidor del país; baja como prócer, si te es posible, con título para decir: “he hecho cuanto he podido y debido, sin ahorrar sacrificio por mi país; nada he pretendido para mí. Los que así proceden emprenden el camino de la grandeza y labran la de su patria. Sea esta tu única ambición”.

DISCURSO DEL DOCTOR ERNESTO E. PADILLA

Señores:

Vengo del interior del país á asistir á la gestación de este movimiento de opinión — que se lo presiente inmenso, — y si no puedo acompañarme del honor de una representación que prestigie mi palabra habré de recoger dentro de mí mismo, para traducirla, la palpitation que trasciende y llega del alma colectiva, en una hora de ansiosa inquietud.

Asistimos á un despertar de la conciencia cívica que penetra y que remueve hasta las capas que parecían sedimentadas por la decepción ó el escepticismo. Del fondo de los hogares, como del seno bullente de las diversas actividades sociales, surgen voluntades decididas — que mueve un alto y puro entusiasmo — para encender la propaganda, para llenar las asambleas, para mover todos los resortes enmohecidos de la vida democrática argentina, — en tanto que las fuerzas políticas renuncian hasta la reivindicación exclusiva de sus hombres y presentan las armas á este desfile del honor, comprendiendo que para las divisas partidarias hay algo superior al triunfo de sus colores de combate, cuando es la voluntad nacional la que se incorpora para fundir los distintivos, para borrar las distancias y, por encima de todas las banderas,

encarnar en altas fórmulas la salvaguardia de su honor, la realización de sus destinos y la plena satisfacción á los dictados de un patriotismo celoso y previsor.

El país lo necesita y todos lo comprendemos.

Llegamos á este período de renovación con una desolante sensación de ausencias. La fatalidad ha troncado columnas familiares al afecto y á la confianza pública, que dejan en la planicie la impresión de cumbres desaparecidas.

Es, acaso, la primera vez en los anales patrios que el problema político debe afrontarse en todos sus términos desde el llano, con independencia de los comités ó de las influencias directivas; y es consolador que, ante la confusión y la duda, sea la fe en el pueblo la que se ofrezca para salvarlo, abriendo sus senos fecundos á la esperanza que lo llama.

Hemos carecido casi siempre de política estable de partidos regulares, que pudiera determinar dentro de sus propios medios las soluciones que pide el mecanismo institucional. El país ha sabido resistir todo lo que se le ha ofrecido como exclusivo ó excluyente, y aun en sus crisis de apatía y de chatura, con un instinto superior, ha podido rechazar sus imposiciones porque sabe lo que debe su grandeza, á haber salvado, con decisiva serenidad, los moldes de la intolerancia ó de los prejuicios definitivos.

Nos falta, sin duda, la educación que afirma los

ideales. En la formación tumultuaria de la nacionalidad no nos ha tocado el lote de una tradición de ideas asentadas por la experiencia, destinadas á desenvolverse y á completarse, en una lógica y prevista evolución; sino que hemos recibido una herencia de pasiones fogosas encendidas en infinitas discordias, que había apuro en desgajar y en apagar para aprovechar tan sólo el noble abono de sus cenizas. No brilla en las primeras horas de nuestra historia el fanal sereno de una constitución, que recogiera maduras y definitivas aspiraciones para proyectarlas límpidas á través de los siglos, como la de Filadelfia; sino que las cruzan relámpagos de hondas agitaciones que fulguraron en violentas tempestades, no disipadas sino muy tardíamente por la luminosa aurora en que vivimos.

Y no será la conquista menos real y visible del espíritu público haber cortado á tiempo, con mano firme, las raíces viejas de las divergencias colectivas, que hubieran dado al país el espectáculo de grandes partidos, pero que, seguramente, hubieran retardado su progreso, dando lugar á que el grito iracundo ó el gesto huraño de los odios ó prevenciones locales se enseñorearan de las armas, inspirando las voces de mando, y, seguramente, derivando los destinos de la patria hacia rumbos muy alejados de los actuales grandiosos términos.

Será, pues, sólo con un criterio extraño á nuestro

medio, que haya de lamentarse con pesimismo la ausencia de esos organismos, á base de historia, que en otras partes son hijos de un pasado — que nosotros saludamos y magnificamos en su gloria, pero que hemos tenido el tino de no solidarizar ni cultivar en sus odios — cuando nos es dado constatar que el concepto amplio que ha presidido, posteriormente, nuestras grandes horas, que ha permitido que en un momento dado se aproximen los hombres, sin las trabas de un pasado infranqueable, para resolverlo con la amplia visión de los destinos comunes, que ha sido uno de los factores más fecundos de la consolidación y de la prosperidad nacional.

A cada hora su tarea, y á cada tarea sus hombres. Y la asamblea de esta noche, animada por un soplo netamente popular, que recoge del ambiente la sugestión de una fórmula para entregarla al país como solución y como esperanza, se levanta á una altura digna de la concepción y del pensamiento republicano, cuando busca en esta fórmula orientar el oscilante momento nacional.

Se ofrece como una espontánea convergencia de fuerzas vivas, que entienden que es un deber no permanecer substraídas ó dispersas ante la inminencia de una cuestión que abre al futuro un eslabón de la gran cadena, y que se resuelve á encararlo con una igual determinación y con un igual anhelo. Vienen á ella, sin reato alguno, hombres de distinta actuación,

que entregan sin reserva sus esfuerzos y confunden sus votos en un mismo nombre, que logra unirlos en sus simpatías y levantarlos en sus convicciones.

Y, no por lo que importara como una definición personal, que no cuadraría en la modestia del que habla ante la solemnidad del conjunto, sino como una corroboración de las sanas y superiores tendencias que inspiran el acto, debo decir que yo también he entrado en esta sala con plena integridad de los ideales que animan á quien se siente nacido y formado dentro de lo que puede llamarse la tradición política del Partido Nacional, que, si aparece renunciando desde hace tiempo á la vida comunicativa y solidaria — sustrayéndola á la acción representativa, para extraviarse ó dilapidarse en la penumbra ó en la esterilidad, — conserva en sus moléculas disgregadas una virtualidad tan real é invisible como la de una fuerza cósmica. Y es con un criterio individual, independiente y activo, que respondemos á ella con lealtad, cuando nos levantamos sobre circunstancias individuales ó transitorias, para recogerlos dentro de la armonía de sus líneas fundamentales, adhiriendo á soluciones que caben con honor en la proyección de sus principios constitutivos, en la verdad de sus grandes determinaciones, al amparo de la gloria esencial y pura, que le pertenece de haber forjado, — malgrado las depresiones, — la realidad del sentimiento nacional, haciéndolo llegar á todos los ámbitos, uno, fuerte, triunfador y vibrante!

Es ésta, pues, una concentración de energías y de entusiasmos, que echa la base sólida de una acción política, eficaz y, con el ascendiente que le da su representación y su número, puede sentirse el órgano autorizado de gran parte de la opinión y afrontar sin zozobra los deberes del presente, desde que se encuentra con capacidad para definirlo.

Y comienza á definirlo, cuando se levanta para plantar un jalón en el derrotero del país que apercibe engrandecido, transformado por la riqueza inmensa que modifica rápidamente su aspecto primitivo, y quiere responder no sólo á la sensación de las grandes necesidades morales que se agitan y que le llegan sino también, pudiera decir, algo como el llamado del porvenir con que lo siente estremecerse en el despliegue de las más legítimas ilusiones para traducir hasta esa misteriosa compenetración de las almas, que sacude como una onda eléctrica toda la Nación, que se prepara á renovar, á través de un siglo, las horas gloriosas de la emancipación y quiere con voluntad firme, vivir en ellas sus mejores días.

Y termina por precisarlo y definirlo, cuando reúne estas hondas aspiraciones y estos votos propicios para concretarlos en un nombre que proclama digno de recibir como en un depósito, ese tesoro de anhelos, de augurios, — la fe entera, que agita el corazón de su pueblo, — que la alimenta con sus fervores y sostiene con sus creencias.

Es así que surge el nombre del doctor Sáenz Peña no sólo como un punto de confluencia de las voluntades, sino como el exponente de una hora histórica, presagiosa en los fastos de la nacionalidad. Es así como una vibración intensa lo busca y lo llama como un elegido necesario para la gran misión que se abre al inmediato porvenir.

Y si hubiera que analizar la espontaneidad y el entusiasmo con que el país responde de la iniciativa de su candidatura, no serán solamente sus serias condiciones de estadista las que la motiven y den origen, ni los relevantes servicios que ha prestado á la República, ni el espíritu nacional de su actuación — (frase amplia, sin duda, que repito una vez más, pero no hueca, porque marca una cualidad sustantiva del que debe ser ungido por la Nación para la Nación), — ni la notoriedad que le debe el nombre argentino en la expansión ante el mundo de las doctrinas generosas de su derecho nuevo; sino que entrarían en gran parte para afirmarlas los otros rasgos individuales que completan su personalidad: ese carácter caballeresco y gentil, ese bello gesto de altura moral que le dibuja una arrogante marcialidad, ese elegante penacho que ondula en muchos de los actos de su vida que ha dejado señalados con su latido de honor, con un paso de altivez, y, alguna vez también,—¿por qué no decirlo? — con un destello de gloria!

Y cuando se siente que sus condiciones indiscutibles

de hombre público lo ponen á la altura de las celosas exigencias de la dignidad y de la majestad del cargo, es precisamente esta relevante nota del honor que lo destaca, la que se recoge como el mejor auspicio á que puedan confiarse las patrióticas expectativas de la jornada electoral.

Porque, señores, flota sobre ella y la penetra una grata esperanza. No vivimos tiempos inútiles. Trabaja los espíritus un íntimo anhelo de verdad, que golpea impetuoso, que no puede ser demorado ni defraudado. Parécenos percibir, como alguna vez se ha dicho, la sombra de grandes acontecimientos que se aproximan.

Cuando hablaba de las condiciones políticas del país, y aludía á la falta de partidos históricos, señalé un hecho social que encontré propicio por circunstancias de formación; pero es evidente que la desorganización no puede señalar el límite de una aspiración del civismo.

Si se quiere que la política sea un digno instrumento de gobierno, tiene que salir de la atmósfera limitada de los cenáculos ó de las camarillas, para entrar en el dominio definitivo de la obra popular. Este es, tal vez, el anhelo más íntimo y más cierto del alma argentina, que siente la realidad de sus faltas.

Se ansía la verdad del sistema que nos rige en sus bases y en sus consecuencias fecundas; que sea práctico lo que se dice, lo que está escrito, lo que está vo-

tado; que no haya una masa enorme de ciudadanos, — medio país, en verdad, — substraídos ó excluidos de la responsabilidad de la acción, con el desencanto que impone como fatalidad irremediable los hechos consumados, — ante la que pudo estallar alguna vez en honrada indignación para lanzar esta frase lapidaria: “en este país los vencidos no votan”, — abrumados por la inutilidad de los esfuerzos más vigorosos, ante la posición oficial señalada y aceptada como única zona propia de la actividad y de la legítima influencia pública; sino que, por el contrario, el aliento cívico vibre y anime la vida ordinaria de la Nación y de las Provincias todas, con el espectáculo viril de las luchas, de las discusiones de los criterios templados en la saludable agitación de los espíritus, — que podrán aparecer alguna vez informes, inconexos, incoherentes, anarquizados por momentos, pero que terminan siempre por encontrar, como lo han encontrado en más de una ocasión difícil, — siquiera sea con tanteos y con esfuerzos, — la determinación lógica y regular de la libertad bien ejercida y lealmente respetada.

Infundir con acción directiva y persistente ese soplo vital á las instituciones, mover en el corazón del pueblo las fuentes de sus energías, animar y encauzar las corrientes de la actividad ciudadana para que formen, en su torbellino, el gran centro de opinión activa y consciente que se necesita, es la obra que el mismo pueblo va á confiar á la futura presidencia, para com-

pletar su perfil independiente y soberano. Y, cuando proclamamos esta candidatura del doctor Sáenz Peña, á quien alguna vez se ha motejado de romántico político, cabe aceptar el honroso detalle para proclamarlo, al mismo tiempo, con entera confianza, como el digno paladín que esta democracia espera desde el gobierno.

Pero esta tarea exige algo más que la consagración de un hombre y ni es posible efectuarla con la simple voluntad de un mandatario. Necesita plasmarse, asentarse sobre la colaboración de esfuerzos amplios y decididos, que se sientan ligados en la unidad de esas aspiraciones, de esas miras, de esos propósitos. Y si debe dominar algo permanente sobre los vivas y las aclamaciones de esta asamblea, ello no ha de ser otra cosa que el compromiso que surge de nuestra actitud y que viene á vincularnos solemnemente en esta noche: de entregar esta candidatura á los vientos de la opinión con una plataforma de honor, asegurada con la eficacia de una acción colectiva para servirla sin reservas.

Yo quisiera sintetizarlo en breves palabras para entregarlo á la acogida reflexiva de las nuevas generaciones que se incorporan á esta lucha. Sabemos bien que el acto que realizamos no está destinado á morir con el estrépito final de los aplausos, ni va á terminar tampoco en el día de la elección, si el triunfo llegara á coronar el esfuerzo que nace. Porque queda desde

ahora, como quedará entonces, una vigorosa y tenaz tarea á llenar, á la que habrá que esforzarse en servir con la dignidad de un apostolado, — consagrándole las más puras energías, — ofreciendo á la Nación, en todos sus lugares, el espectáculo sugeridor de un renacimiento, removiendo con patriótico desinterés, con disciplinado esfuerzo, los obstáculos que desde abajo impiden la consolidación de las conquistas democráticas — muchas veces contra las puras intenciones que vienen desde arriba, — defendiéndonos en caso necesario, hasta del éxito, ¡del éxito!, que tiene sus grandes peligros, porque si las circunstancias pudieran llegar á mostrar fácil el camino de la victoria, quedará el alto deber de dirigir la conciencia partidaria, no como uncida al carro de un triunfador para perseguir el refugio final del sibaritismo de las antesalas, sino obrando en el campo abierto de la activa é incansable propaganda, de las francas lides ciudadanas, donde las fuerzas puedan medirse, aquilatarse los méritos y dominar la sospecha insidiosa y enemiga con el brillo de los más nobles estímulos para coronar dignamente las ambiciones bien logradas.

Abriremos, así, un ancho surco en la conciencia pública, y con el nombre que la encarna, con los prestigios que la acogen, con los convicciones que las sirven, con los sentimientos que la acompañan, no será esta candidatura un astro muerto destinado á pasar silencioso por el zenit con la luz prestada de otros

mundos, sino que llevará consigo los secretos gérmenes que estallen al calor de una vida exuberante, y marque su lugar en los espacios nacionales con la gravitación de su propia masa, con el nimbo de sus propias proyecciones.

Percibimos bien que este movimiento inicial, que la consagración á que asistimos va á propagarse en todo el país, de cuyos extremos llegan ya los rumores de las más entusiastas acogidas, de la más extensa repercusión. Domina el cálido arretrato en la propaganda, y vibra la espontaneidad nacional en la adhesión. A su contacto se siente el aire saturado de esperanzas, y un tono de confianza reflexiva fija el horizonte y encalla los recelos del porvenir.

Con el concepto que la damos, podemos entregarla confiados á sus destinos: ¡que vaya al acaso de las sanciones populares, juntando al nombre que la traduce, el acento leal, amplio y decidido con que la acompañamos!; ¡que sea ella misma la precursora de la hora nueva que suena en los tiempos, desparramando sus alientos, sus promesas, sus principios, en todos los rincones del territorio, saludando sus montañas, sus ríos, sus llanuras fértiles y sus tierras magras, recorriendo sus ciudades, penetrando en los ranchos del paisano para infundir en todas partes el calor del civismo batallador que va á predicar como salvador y necesario!; que busque todas las voluntades, sacuda todos los espíritus y los modele é identifique en el

mismo propósito patriótico, definitivo y superior !

En esta larga peregrinación no le faltarán ni las pruebas ni los peligros; pero en ellas estará el temple que necesita para triunfar.

De este modo, cuando vuelva de la jornada, salpicada con el polvo de la acción, después que las catorce provincias hayan acariciado su bandera, podrá ser levantada en los comicios como un alto símbolo, en cuyos pliegues tendrán cabida todos los alientos del alma nacional, la que vendrá en íntima comunicación á identificarse con la del ciudadano que la encarna, para transmitirle la expresión de su voto final y soberano.

Y podrá decirle, entonces, desde cerca: que si llega á los altos destinos que la opinión le prepara, espera que sabrá siempre interpretarla en sus grandes aspiraciones, presentándola unida y solidaria; que sabrá, también, dirigirla con acierto en sus rumbos definitivos, manteniendo al tope de la cara nave todo el caudal de esfuerzos de tradición, de paz y de honor, que señalan á nuestra Patria grande, noble, respetuosa y respetada entre las naciones de América; que la servirá en sus hondas necesidades, y escuchará sus palpitaciones, esforzándose por realizar y realizando la verdad de la democracia en que asienta; que, al hacerlo así, habrá escrito una página de luz en la historia y será juzgado digno, ante la posteridad de cerrar el broche de oro de 1916, al presentar y presi-

dir el mismo País jurado de los congresales de Tucumán como el gran Pueblo de la realidad en sus pujantes y sanas energías!

DISCURSO DEL DOCTOR ROBERTO J. BUNGE

Señores:

Congregados para ocuparnos de los futuros destinos de la República, vamos mostrando vigorosas aptitudes para el gobierno representativo, que son augurio de bienestar, coeficiente de cultura y síntoma de grandeza. Porque nada hay más tonificante en la vida democrática que estas deliberaciones á puerta abierta, propicias á los sanos desbordes, propicias al alma colectiva que ansía exteriorizar sus afanes. Por eso, señores, ningún espectáculo más trascendente ni más fascinador que estas grandes, estas espontáneas asambleas populares.

Con la saludable firmeza de las convicciones fundadas, quiere también la juventud, inexperta acaso, pero sincera, decir en esta hora y en este recinto — teatro transformado en templo — sus simpatías y sus entusiasmos por la causa que nos reúne. La generación universitaria, que formula sus juicios con ese instinto inequívoco de quienes saben cumplir desinte-

resadamente su misión ciudadana, sintetiza sus más caros ideales cívicos en un pensamiento que tiene para ella el significado mágico de las venturosas anunciaciones, que es fe, estandarte, bandera y símbolo: la presidencia del doctor Roque Sáenz Peña.

Con acentuados rasgos característicos se destaca, eminente, su silueta, expresión y ejemplo de las más nobles cualidades de nuestra raza. Su vida pública, sin contradicciones, sin desfallecimientos, sin doblez, sin una sinuosidad que lo aparte de la gran ruta inicial, sin que jamás la conquista fácil de triunfos efímeros lo decida á sacrificar un ápice de sus austeras convicciones, vida íntegra, serena y transparente, digna siempre de sí misma, revela la talla superior de los hombres representativos de Emmerson, y evoca en el recuerdo aquellas figuras históricas que, aureoladas de gloria popular, rigen todavía los destinos de la República!

Hombre de estado pundonoroso, abandonó su cargo en el parlamento, refugiándose en el silencio de su retiro antes de consentir la sospecha de que su conducta pudiera inspirarse en normas de política personal; orador de amplio vuelo, al hacer oír su voz con elocuencia convincente, llevando muchas veces la palabra argentina ante el concurso de celebridades mundiales, ha vinculado su nombre y el nuestro á las mejores conquistas del derecho internacional, y ha dejado profundas é inamovibles enseñanzas doctrina-

rias; valeroso hasta la temeridad, sólo iguala al temple de su viril apostura el valor moral de su espíritu, hecho al propio tiempo á todas las hidalguías, abnegaciones y altiveces; valeroso hasta el heroísmo, evidenciara alguna vez ese heroísmo legendario de las cruentas epopeyas, más fuerte que el peligro, vencedor hasta de la muerte misma. Y este legislador, diplomático y jurista, en las circunstancias todas de su vida, en el parlamento nacional como en los congresos de derecho, europeos y americanos, en las complejas tareas de su actividad múltiple, como en los afañosos días de intensas luchas democráticas, se ha conservado extraño á la seductora tentación del sensualismo político, incommovible ante las más halagadoras perspectivas de predominio, incapaz de concesiones cual si las fuerzas ocultas que guían nuestros destinos hubiéranle ordenado con imperio forjase su temperamento en larga jornada de ostracismo voluntario, para guardar incólumes hasta el momento supremo sus anhelos por el bien de la república, sus preclaras, sus excepcionales virtudes cívicas!

En el doloroso proceso evolutivo por el predominio del régimen institucional, no cumplido aún, algunos nombres, expresión de un ciclo, van marcando derroteros: Rivadavia que con sus geniales teorizaciones plantea un vasto mecanismo de gobierno, el precursor, el presidente progresista; Mitre, admirable conductor de pueblos, que llena con su presidencia la página

histórica de la consolidación nacional; Sarmiento, robusto sugeridor de ideales, el gran pedagogo, el presidente educador; y Avellaneda, por fin, parlamentario incomparable, el presidente legista que inspira al país tantas leyes fundamentales, son como jalones de luz en la difícil conquista civilizadora.

Y bien, señores: ya que en este instante decisivo de la vida nacional, cualquier estancamiento fuera irremediable retroceso, seamos merecedores de la enorme responsabilidad contraída con el pasado. Preparémonos, pues, esforzadamente para la batalla de mañana, confiados en que el país, en día jubiloso, verá surgir al presidente Sáenz Peña, intérprete y custodiador de los sagrados intereses de la patria, el presidente institucional, capaz de coronar la gran cruzada salvadora, al continuador de la obra de Rivadavia, Mitre, Sarmiento y Avellaneda.

En esta vivificante sensación de victoria, evoquemos el porvenir cercano, esplendoroso resurgimiento de civismo en que salvaguardados los derechos de todos, sean verdad práctica é invulnerable las garantías y principios de la Constitución, en que cada uno, modesto soldado de la idea, aporta al país su contingente de progreso. Brillantes perspectivas que no son, señores, optimistas espejismos juveniles, porque, fiel á su propia tradición, el doctor Sáenz Peña sólo tendría en la dirección del Estado dos armas y dos aliados: la justicia y la verdad institucional, así como no

emprendería la ruta de los grandes honores sin antes haber recogido el gajo fresco de laureles de una espléndida consagración popular.

Hasta la historia misma parece se complaciera en auspicar estos fundados vaticinios, entregando al presidente futuro un legado extraordinario. Coincidencia feliz, ese gobierno de irradiación, de cultura, uniría como arco triunfal las dos fechas centenarias que ningún argentino puede pronunciar sin íntimo recogimiento. Y después de seis años de eficaz consagración, recorrido lo que resta del arduo camino, llegaría, señores, al fin de la etapa, el día memorable de la apoteosis gigantesca para celebrar, con júbilos desbordantes, el primer centenario de la república.

Se confundirán con nosotros, fiesta de la paz y del trabajo, hombres de todas las razas, lenguas y religiones. Y en esa glorificación de todas nuestras grandezas muertas, asomarán á la vida los genios tutelares de la república. Sombras bienhechoras de la patria, sin envanecernos demasiado frente á nuestros portentosos progresos materiales, quisiéramos entonces responderos: “Cumplido ya el doloroso proceso por el predominio del régimen institucional, las generaciones actuales han contribuído también á formar la nación libre, grande, rica, fuerte y feliz, que soñárais para vuestros hijos y para todos los hombres del mundo que quieran habitar su suelo”.
